

Con sensaciones tales
Música y poesía me inspirabas;
En tanto que ignorabas
Cuanto á tu influjo tu cantor sentía.
Tus manos ¡ay! tus manos
Me hicieron conocer que aun existía
Dicha inocente entre los goces vanos
Que nos llevan en pos, y precipitan
En caos de dolor, dó siempre tarde
Recuerda el triste que en pasiones arde.

¡Feliz aquel mortal que siente y pinta! —
Así dos veces una dicha goza,
Si la inocencia pura
Tributa candorosa
Del ingenio al pincel la hermosa tinta
Que á la verdad tan solo pertenece.
Mi labio tal te ofrece; —
No el fuego devorante
De un simpático amor.... ¡Ay! yo tu amante
Nunca, Delia, seré! — Naciste bella,
Parda virgen que ciego te idolatrará;
Cuyo candor á mi color uniera,
Como ingenioso artifice entrelaza
El morado clavel á la violeta. —
Mas el destino, la razon prudente
El cielo todo ofuscan, dó mi estrella
Sin fortunada luz á oscuras pasa.
Pero no pudo riguroso el hado
Privarme del placer que experimento,
Cuando al impulso de tus manos siento
Que herido *diapason* te corresponde
La métrica cadencia,
La sublime influencia,
La dulce magia que á tu esfuerzo esconde.
¡Oh magia, cuyo efecto poderoso
Me comunica el entusiasmo ardiente,
El volcánico ardor que hace á la mente
Por un mundo ideal; en fervoroso
Rápido vuelo alzar, y los concetos

De los celestes coros melodiosos
Endiosado gozar.

Quando inspirado
De fuego celestial, las cuerdas de oro
Ante el pueblo de Dios David pulsaba,
Y hasta el Eterno en cántico sonoro
Inmaculados tonos levantaba
¿Quién tan sublime impulso á su harpa diera?
Por tí, Génio divino,
Se hizo eminente el inmortal Rossini,
Cuando del Sena el curso suspendiera
Con nunca oídos tonos, encantando
Con su influjo y poder á Europa entera.

Yo al pintar tan patética dulzura
En tí, Delia inocente,
Respiraba este afecto de ternura;
Y en la encendida, arrebatada mente
Larga rienda soltando al pensamiento
¡Oh cuán digna te hallé del canto mio
Y cuán bella también!

Pero callaron
Ya las templadas cuerdas. — ¿Dónde fueron
La divina expresion, el mago canto
Y la destreza mas que sobrehumana
Que cautivó sensibles corazones?...

Terminaron también mis ilusiones,
Como si de un ensueño despertara....
Yo entónces conmovido
De un no se qué de gratitud grandiosa
En mi transporte al colmo me elevara;
Y de allí arrebatado en ardorosa
Idea que aun halaga mi sentido,
Mis labios en tus manos estampara;
Fuera de mí, perdido,
Á morir á tus plantas me arrojara.

DANIEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO

Nació en la Habana en 1763; falleció en 1846; pero desde el año 1821, murió intelectualmente para su patria. Zequeira perteneció á una familia distinguida: siguió la carrera militar llegando hasta el grado de coronel. Fué alumno del Colegio Seminario de San Carlos: era bastante instruido: redactó varios periódicos políticos y literarios. Á su muerte se leyeron ante su sepulcro algunas poesias y artículos por vates y literatos cubanos. La poesia como en Grecia y Roma y en todos los demás pueblos ha nacido en Cuba ántes que la prosa: Zequeira y Ruvalcaba han sido los que á fines del siglo pasado y á principios de este colocaron los primeros granos de arena en este edificio. Zequeira y Arango ocupa con justicia un puesto en el Parnaso cubano.

PRIMER SITIO DE ZARAGOZA

*Eterno vive aquel que muere honrado:
Y el que el acero vengador no vibre
En favor de la patria denodado,
Muera en infame olvido sepultado.*

Estas que miras son reliquias, Fabio,
Donde otro tiempo, cuando Dios quería,
Zaragoza existió; la aterradora
De las bárbaras huestes. Ningun labio
Á su loor es bastante: aquí se via
El númen del valor en cada pecho,
Un héroe en cada hogar. ¿La ves ahora?
Ejemplo es mústio de los hados, donde
Por la codicia vil devastadora,
En cenizas se esconde
El alto alcázar y el dorado techo.
Aquí Belona en sanguinoso carro
Rendir no pudo la invencible gente,
Que el débil muro defendió, y las puertas
De la patria con impetu bizarro,
Poniendo el pecho á las silbantes balas.
Ni jamás diera su cerviz al yugo,
Si epidemia inclemente
No desplegara sus funestas alas,
Mas que fuego voráz, por el recinto.
La flaca enfermedad dejó desiertas
Plazas y calles, y el baluarte tinto
Con la española sangre, desde entónces,
No vió los héroes que con tanta gloria,
Firmes la infame esclavitud lanzando,
Tronar hicieron los preñados bronces.
La asoladora fiebre al fin abate,
Como hórrido huracan los altos pinos,
Los héroes que jamás rindió el combate.
Así vieron los vándalos abiertas
Las sendas para entrar.... ¡triste victoria!

Y entraron.... ¿mas, qué importa? Cual trofeo
Halló por premio su infernal fiereza?
Oye la fama: su clarín retumba
Y dice: «Zaragoza está á cenizas
Reducida: su gloria, su grandeza
Vé convertida en pavorosa tumba;
Y un contajio voraz que el aire inflama
Su ejército destroza:
Pero aun vive Aragon, España vive
En el nombre inmortal de Zaragoza;
Y en cada ilustre aragonés recibe
Un hijo de Peleo,
Que hará temblar el alto Pirineo.»
Esto anunciando vá la veloz fama
Por donde gira el carro apolineo;
Con métrica expresion yo repitiera
Tales prodijios si la voz pudiera.

Desciende en mi favor, númen divino,
Que para decantar accion tan alta,
Si no me das el plectro peregrino,
Lánguida siento que la voz me falta:
Inflame mi furor tu sacro aliento,
Y haré que suba con sonoro trino
La gloria de Aragon al firmamento.

Dirije, ó Fabio, la anhelante vista
Al valle que fecunda
El Ebro caudaloso. ¡Cuál contrista
Ver su marchito campo con la inmunda
Sangre, que vertió el pérfido enemigo
En la prolija guerra,
Cuando el terrible aragonés, la patria
Glorioso defendió! ¿No ves la altura
Tan embestida de Torrero, donde
Gallardo un jóven de gentil figura

Por la etérea region cual astro vino?
Era marcial y de festivo trato,
Centellante la vista, voz sonora,
Pronto en hablar, en discurrir fecundo;
De la virtud amante, y del ingrato
Que el esplendor desdora
De la patria, enemigo furibundo.
Un plumífero yelmo airosamente
Acomodaba en la serena frente;
Y fúlgida coraza, cual lucero
Adornaba su talle peregrino;
En la firme siniestra
Arbolaba el pendon de Constantino,
Y el formidable acero
Blandia con tino en la invencible diestra.
Al punto el labio desplegó divino,
Y el rostro vuelto á la ciudad de Tubal,
« Yo soy (les dijo á Palafox, á O-Neylli,
Á San Marc y á los inclitos varones
De Zaragoza), soy el Patriotismo
El númen soy de vuestros corazones;
Que harto tiempo de Mantua desterrado,
En el profundo Lete sin ventura,
La cólera sufrí del despotismo,
El castigo brutal de un vil privado.
Quiso grabar en mí de oprobio el sello:
Canséme de sentir, exasperado
Rompí del cuello la cadena dura
La vil cadena despedí del cuello;
Y al ver vuestro conflicto veloz, vine
Á la defensa de la heroica patria.
Dó mas centellas el cañon fulmine
Allí el primero sufriré el estrago:
Yo haré que tiemblen las invictas huestes
De vuestra espada: mi feroz amago
Hará que la victoria
Os dé laureles; y por mas decoro,
Entre guirnalda de incorruptas flores,
Haré que lleve en caracteres de oro
Á los siglos distantes,
Esta inscripcion la historia,
Que eterna triunfe del ingrato olvido:
« Zaragoza, sus nobles habitantes,
Y guarnicion valiente,
Han el bien de la patria merecido
En un heroico grado y eminente.»
Dijo: de lo alto descendió del muro
Como rayo fugaz, y diligente
Los militares puntos recorria
Y en todas partes concurrió al peligro.
Vióse tan pronto en la batida brecha
Como mezclado en el combate duro;
Tan veloz toma la encendida mecha,
Y hace que el cóncavo metal reviente,
Como de heridos el tropel socorre.
Dó quier el númen tutelar se via,
Y asoladora espada revolvia:
En el sagrado hospicio
De la sangre, en el foso, en el baluarte,
En la arruinada torre,

En la horrenda explosion del edificio,
Y en cualesquiera parte,
Siempre alentaba al español propicio,
El patriotismo como el fiero Marte.

Mas vuelve, Fabio, y mira las señales
Del mortífero bronce en la llanura
Donde la vez primera
Desplegaba Lefebre sus legiones:
Reliquias funerales
Del enemigo son: sus escuadrones
Allí batidos fueron de la altura
Donde el valor estableció su asilo:
Allí la águila erguida por el suelo,
Herida al golpe del agudo filo,
Postró su agudo vuelo.
Hacia esta parte la atencion conduce
Y en confuso tropel verás mezclado,
Con el morrion plumado
El acerado casco que reluce,
Y el corvo alfanje, y el hendido peto:
Allá verás el lívido esqueleto
Del ginete veloz y furibundo
Que bramando troncó Marte iracundo:
Advierte allí el camino
Que holló Lefebre en vergonzosa fuga,
Lleno de espanto, de la suerte misma
Que Pompeyo fugó del numantino
Y del inclito Alfonso la morisma.

¿ Ves de Portillo la ominosa puerta,
Que tantas veces demolida ha sido
Por las centellas del cañon sangriento?
Pavorida la mente aquí no acierta
Á pintar el intrépido ardimiento
Del grande aragonés jamás vencido
¿ Cuántas veces el muro destruido
Al estrago voraz de la metralla
De púrpura vestido fué creciendo,
No al son de lira como la muralla
Que hizo nacer el músico de Tebas,
Si al estampido del cañon horrendo!
Allí fué donde intrépida Agustina,
La inmortal heroína,
Marchando sobre víctimas sin cuento
Con gentil ardimiento
Menospreciaba por el aire vago,
De silbadoras sierpes el estrago.
¿ Qué impávida corrió, veloz cual flecha
Al desierto cañon! y con la mecha
Que al azufre aplicó su heroica diestra,
Hizo que el bronce en encendida llama
Escupiera la muerte asoladora,
Y que el bronce tambien guarde su fama.
¿ Y la tuya tambien, Bureta, lustre
Del sexo encantador! Tambien la tuya
Eternamente vivirá en la historia
Con la legion de caridad ilustre
Que en pos siguió tus peregrinas huellas;
Tus huellas que arrojaron á la muerte,

Y muerte el filo suspendió de verte.
Acreedor es tu nombre á que se incluya
Con el de tus matronas y doncellas
En el noble padron de las Camilas.
Cuando lidiando en las valientes filas
Se vieron los heridos,
Por vuestro heroico celo,
Entre el hórrido estrago socorridos.
Cortad, ¡ oh Ninfas! para sus hermosas
Sienes, guirnalda del pieride suelo,
Tejedlas ramos de azucena y rosas.

En tanto ¡ qué pavor! en tanto ardia
La atmósfera en relámpagos; las bombas
Los altos edificios desplomaban,
La metralla llovía
Por mil bocas que fuego vomitaban:
Las infernales máquinas tronaban,
Y el Olimpo entre el humo se escondía.
Por do quier sangre, por do quier profundos
Suspiros moribundos
El eco repetía
Junto al padre en la lid perecía el hijo,
Expiraba el anciano en el combate,
Y con férvida voz el sacerdote,
Dando de honor y de virtud ejemplo,
Desplegaba el patriótico estandarte,
Y despreciaba el destructor azote.
Sass, ministro digno! Sass glorioso!
Que con celo piadoso,
Pacífico una vez, oira guerrero,
Ó alentabas al triste agonizante,
Ó intrépido volabas al peligro
De la horrisona lid siempre el primero;
Si mi sonoro plectro no es bastante
Á eternizar tu nombre,
Con versos de esplendor y vida llenos,
En el sagrado templo de la gloria,
De que es muy digna tu virtud, al ménos,
Admite esta patriótica memoria.

¡ Prosigue, Fabio, á mi cantar atento,
Y mira los jardines
Cuán lúgubres quedaron y desiertos!
De lívidos cadáveres cubiertos
Quedaron los hogares y confines
Del emporio de Marte:
De Santa Engracia el templo peregrino,
De héroes gloriosos panteon ilustre,
Quedó envuelto entre el igneo torbellino,
Tan voraz, que en un punto
Fué convertido en pálido conjunto
De frigiditas pavesas,
El simulacro y el altar divino.
Vé allí la bateria
Que un ingrato á la patria, un infidente,
Del nombre indigno de español, vilmente
Entregó al vandalismo. ¡ Oh! sea su nombre

Por siempre confundido
En el profundo olvido.
Después de bien punir su felonía,
Para que el ruido del castigo asombre,
Y el vil que levantara,
La faz ó voz traidora,
Que sufra al punto de ignominia el sello,
Y descargue la patria vengadora
La atroz cuchilla en su maldito cuello.
Alza, ó Guzman, la venerable frente
Del lúgubre sepulcro: desentierra
Contigo aquel puñal que á tu inocente
Hijo en Tarifa le quitó la vida.
Muéstrale, y di que en la africana guerra
Ser quisiste primero filicida
Que con la patria débil é infidente:
Sea tu conducta ejemplo
Que al hombre guie de virtud al templo.
¿ Qué haceis, decidme, los que al dulce canto
Seduciros dejais de la sirena,
Que al par que inspira al patriotismo espanto,
El corazon os llena
De ingratitud y rabia viperina?
Volved, ¡ oh mónstruos! las inicuas plantas
Hacia el santuario del honor, oidme,
Y si aun sois dignos de la voz, decidme,
¿ Qué deleite mayor, mayor encanto
Que el amor á la patria? ¿ Qué atractivo
Mas sensible que honrar los patrios lares,
Las leyes, las costumbres
De nuestro hogar nativo?
¿ Y esquivais la virtud? ¿ De sus altares
Plácidos desertais? ¿ Á la morada
De los mayores vuestros habitada,
Pérfidamente procurais la ruina?
¿ Preferis con acero vengativo
Destrozar, como el seno de la madre
Despedazó el vil hijo de Agripina?
¿ Quereis ganar, como Erostrato ciego
Y fanático, fama, dando al fuego,
Voraz el templo de la patria, santo?
¡ Oh execracion! y el cielo no fulmina
En vuestra frente el rayo destructivo!
Si el mónstruo encantador os brinda gloria,
Y excelso timbre en su robado imperio,
Para que el techo abandoneis del padre;
Si después que cautiva nuestros reyes
Promete dulces y benignas leyes,
Os fascina, sabedlo, y vanagloria
De que vais con placer al cautiverio,
Dó atará al cuello la servil cadena,
Que en la futura historia
Será vuestro baldon y vituperio.
Fijad los ojos en el gran Ulises,
En ese ejemplo del amor patrio,
Y vereis como elude el artificio
De encantadora Circe,
Y pérfida sirena en el escollo,
Cuando asida quedó al mástil robusto,
Vedle con ceño adusto

Como de amor haciendo sacrificio,
Sordo á la ofrenda de la amante Diosa,
Á la inmortalidad prefirió el gusto
De vivir en Itaca;
En la misera Itaca sin comercio;
Para que sus cenizas una losa
Cubra con las cenizas de Laercio.

Volvamos al combate : Zaragoza
No era ya Zaragoza ¡oh Dios, qué asombro!
Sino pálida imágen de Numancia.
Lleno de intrepidez y de arrogancia
Lefebre intima al español caudillo;
Y el héroe Palafox entre el escombros,
Que inspira al mismo sitiador espanto,
Firme plantando el estandarte santo :
Maldición, respondió *patria ó cuchillo*.
Y sus bélicas huestes con voz llena
De valor, que al Olimpo se levanta :
Fuera, fuera, gritaron, *la cadena,*
Y oprimamos con ella la garganta
De los campeones de Austerlitz y Jena.
Cual tremendo volcan que regurjita
Por ronca fauce la sulfúrea llama,
Y con la lava que voraz vomita
Tuesta los campos y la tierra inflama,
Envolviendo en su ignífero torrente
La cabaña, el pastor y la simiente :
Así el mortífero cañon brotando
Por bramadora boca plomo ardiente,
Fué las contrarias filas derribando,
Los caudillos y gefes destruyendo,
Y los campos de victimas cubriendo.

Cuéntase que una noche turbulenta,
Una terrible y espantosa noche,
Cuando rendidos de la lid sangrienta
Suspendido el combate,
Todos gozaban del profundo sueño,
Un prodigio se vió. Improvisamente
Tendió la noche el tenebroso manto,
Y el fulgor enlutó de las estrellas;
Con iracundo ceño
Rugió la tempestad : soberbiamente
Entronizado el Aquilon, de espanto
Cubrió la tierra; y los enormes techos
Se vieron titubear del templo santo,
Dó en el silencio de la tierra fria,
En sus lúgubres lechos
Los mártires descansan. Con impía
Saña rugiendo el huracan seguía :
Por los montes los cedros inclinaron
Al soplo silbador del raudo viento,
Sus elevadas copas.
Retumbó en lo interior el pavimento
Del santuario : las bóvedas tronaron :
Los altares temblaron,
Profundamente caducó la tierra
Herida con los rayos del Olimpo,
Semejante á la vez que los Titanes

Declararon á Júpiter la guerra....
Las lámparas sin luz, el templo á oscuras
Quedó de pavor lleno y miedo, cuando,
Al pálido lucir de las centellas,
Se vieron de las fosas revolando.
Salir sombras y cárdenas figuras,
Suspiros y querellas
Por la atmósfera lúgubre lanzando :
¡Ay de ti, Zaragoza! repetía
Cada espectro al dejar la yerta tumba :
¡Zaragoza!... en la bóveda retumba;
Y cual terrible rayo que destroza,
Penetrante el lamento respondia :
¡Ay de ti, Zaragoza! Zaragoza!

Volvió la Aurora y tras su carro vino
Iris, la paz benéfica trayendo,
Y al Averno lanzando
Con su luz el oscuro torbellino.
Al punto el Pátrio Númerm fué explicando
El vaticinio de los manes tristes.
» No importa, dijo, que el presagio horrendo
Males anuncie : nuestro bien consiste
En santa lealtad : Llamas, heridas,
Contagio, sangre, muerte quiere el hado
Que soportemos; pero no cadenas
Viles que oprimen nuestro cuello libre.
Eterno vive aquel que muere honrado.
Y el que el acero vengador no vibre
En favor de la patria denodado,
Muera en infame olvido sepultado.
¿De qué sirven las vidas,
Si al intruso abatidas las almenas
Hemos de ver de la ciudad ilustre?
Muramos, si, muramos : demos lustre
Á la futura España;
Que de nuestra ceniza se produzca
Su renombre inmortal : que nuestra saña
Los héroes reproduzca :
Que el licor de las venas fertilice
De honor y lealtad el árbol grande ;
Y al par que de flor vária se matice,
Y que fecundo en nuestra España crezca,
Con su sangre marchito que perezca
El láuro vil del invasor que mande. »

Dijo : y en tanto la enemiga turba
Asaltó la ciudad, y en un momento
Á la calle del Coso penetraron.
¡Oh cuanto la memoria se conturba
Al referir el bélico ardimiento,
Y la brutalidad con que pelearon
Las tropas aquel día
Que intrépido y feroz Verdier regia!
Cada hogar convertido en un baluarte
Atacado se vió del enemigo,
Dó en rededor el iracundo Marte
El fuego agita de la cruda guerra,
Y los caballos de su carro ostiga;
Y cuanto encuentra por cualquiera parte

Atropella su bárbara cuadriga.
En nube de humo se escondió la tierra
Y oyóse en lo interior de los retretes
El rumor de las armas y los bronces
Que retumbando van con los mosquêtes.
Cual despedaza los clavados goznes,
Y abre la puerta que el candado cierra
Cual desencaja el enterrado quicio :
Cual se introduce por el alto techo,
Y corriendo por todo el edificio
La muerte lleva al impedido anciano ;
Cual en su propio lecho
Hace que muera el gemidor infante ;
Allí suplica el sacerdote en vano ;
Y la pálida vírgen que se humilla
Rogando tierna al destructor tirano,
Victima es de la bárbara cuchilla ;
Allá, el fuego fatal con estallante
Llama devora el milagroso templo ;
Todo es sangre, fragor, incendio, muerte,
Horrible estrago y pavoroso ejemplo,
Donde el magnánimo valor se advierte.

Esto vé el patriotismo, y fiero como
Sangriento tigre por el dardo herido,
Que por fragosa breña veloz sube
En pos del cazador enfurecido ;
Así precipitado á la lid vuelve,
Y las haces intrépidas disuelve,
Cual fuerte soplo de Aquilon la nube
Espesa y negra que enlutaba el aire,
Fué la atmósfera al punto convertida
En azufrado bárbaro torrente
De plomo, fuego y encendidos globos.
Atónitos, sin vida,
Caen los campeones : el terror se ampara
De la enemiga gente :
El jefe se conturba : ni el soldado
Obedece al caudillo, ni el caudillo

Á contener acierta al que ha fugado.
Uno la imperial insignia desampara ;
Otro corre, tropieza, y por el suelo
Deja sus armas : el atroz cuchillo
Á otro derriba : la llorosa frente
Otro levanta amenazando al cielo.
Y al desplegar el maldiciente labio
Le cubre al punto de la parca el velo ;
Cual implora clemencia
Del vencedor, postrando la rodilla ;
Este con rápida carrera fuga
Del Ebro hasta la orilla,
Dó al golpe yace de la cruel cuchilla :
Otro en el curso del undoso rio,
Que esquivar el peligro conjetura,
Le alcanza el bronce bramador impío,
Y halla la muerte que evitar procura.
Por fin, fugaron vergonzosamente :
Siguiólos Palafox : y la victoria
Orlando afaible de laurel su frente,
Tambien brindaba al escuadron valiente
Timbres que ilustren la futura historia.

Al redor de la tierra dado habia
Giros cincuenta y tres, el rojo carro
Desde el aciago día
Que Febo el signo visitó de Cáncer,
Y vió principio dar al choque duro,
Hasta aquel que con ímpetu bizarro
El valeroso aragonés al muro
Lanzó de Zaragoza
Al vándalo feroz. ¡Oh goza, goza
De laurel inmortal, ciudad ilustre.
Mientras ardiendo el español en puro
Fuego, en las aras de la patria jura,
Con sangre tinta la rasgada frente :
¡Eterna guerra á la nacion perjura!
¡Maldición al tirano inexorable!
¡Maldición y venganza eternamente!

Á LA PIÑA

Del seno fértil de la madre Vesta,
En actitud erguida se levanta
La airosa piña de esplendor vestida,
Llena de ricas galas.

Desde que nace, liberal Pomona,
Con la muy verde túnica la ampara,
Hasta que Ceres borda su vestido
Con estrellas doradas.

Aun antes de existir su augusta madre
El vegetal imperio le prepara,
Y por régio blason la gran diadema
Le ciñe de esmeraldas.

Como suele gentil alguna ninfa
Que allá, entre sus domésticas resalta,
El pomposo penacho que la cubre
Brilla entre frutas varias.

Es su presencia honor de los jardines,
Y obelisco rural que se levanta
En el florido templo de Amaltea
Para ilustrar sus aras.

Los olorosos jugos de las flores,
Las esencias, los bálsamos de Arabia,
Y todos los aromas, la natura
Congela en sus entrañas.

A nuestros campos desde el sacro Olimpo,
El copero de Júpiter se lanza,
Y con la fruta vuelve que los Dioses
Para el festín aguardan.

En la emíreica mansion fué recibida
Con júbilo comun, y al despojarla
De su real vestidura, el firmamento
Perfumó con el ámbar.

En la sagrada copa, la ambrosía
Su mérito perdió, con la fragancia
Del dulce zumo del sorbete indiano
Los númenes se inflaman.

Después que lo libó el divino Orfeo,
Al compás de la lira bien templada,
Hinchendo con su música el emíreico,
Canta sus alabanzas.

La madre Vénus cuando al lábio rojo
Su néctar aplicó quedó embriagada
De líbrico placer, y en voz festiva
Á Ganimedes llama.

« La piña, dijo, la fragante piña
En mis pensiles sea cultivada
Por manos de mis ninfas; si, que corra
« Su bálsamo en Idalia. »

¡Salve, suelo feliz, donde prodiga
Madre naturaleza en abundancia
La odorífera planta fumigable!
¡Salve, feliz Habana!

Á LA VIDA DEL CAMPO

En esta mi soledad,
Pobre albergue, aunque agradable,
Mas que dorados palacios
En donde habitan los males,

Paso mis días serenos
Con tal gusto, que me placen
Á veces bajo mi choza
Del cielo las tempestades.

Que estas borrascas mas bien
Son al hombre saludables,
Que aquellas que se levantan
En palacios y ciudades.

Duermo muy bien en mi lecho;
Mejor, aunque duro en parte,
Que los que mulle el cuidado
Por mas que plumas ablanden.

La bella flor, en tu region ardiente
Recogiendo odoríferas sustancias,
Templa de Cáncer la calor estiva
Con las frescas anáanas.

Coronada de flor la primavera,
El rico otoño y las benignas auras
En mil trinados y festivos coros
Su mérito proclaman.

Todos los dones, las delicias todas,
Que la natura en sus talleres labra,
En el meloso néctar de la piña
Se ven recopilados.

¡Salve divino fruto! y con el óleo
De tu esencia mis lábios embalsama:
Haz que mi musa de tu elogio digna
Publique tu fragancia.

Así el clemente, el poderoso Jove,
Jamás permita que la nube parda
Veloz centella que tronando vibre
Sobre tu copa caiga.

Así el céfiro blando en tu contorno
Jamás se canse de batir sus alas,
De tí apartando el corruptor insecto
Y el aquilon que brama.

Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi patria.

Despierto: no me despiertan
Á la aurora, ni ociosa hambre,
Ni pretensiones injustas,
Ni amorosas necesidades;

Como frutas sazonadas,
Para mí mas agradables,
Que las que vende la usura,
Y las que la gula parte.

Contento con mi pobreza,
No envidio las dignidades
Que la injusticia prodiga
Por las intrigas del grande.

Ni me afligen de los tiempos
Ruidosas adversidades,
Viendo en la inconstante rueda
Á los que suben y caen.

Aquí no temo sentencias
De Licurgos respetables,
Ni de mis versos censuran
Usureros calculantes.

Con mis bueyes todo el día
Trabajo sin angustiarme;
Porque sé que no cultivo
Sobre agenas heredades.

Lo que la tierra produce
Distribuyo con tal arte,
Que cuido jamás me sobre
Lo que á los míseros falte.

Cuando dejo mis fatigas
Es preciso deleitarme,
No como suelen los torpes,
Ni los poderosos hacen;

Sino me voy á las fuentes,
Y entre verdes arrayanes,
Halagan mi fantasía
Sencillas amenidades.

La sombra del verde bosque,
Las arboledas frutales,
La rosa, el cárdeno lirio,
Los cándidos azahares,

La manchada mariposa,
Y la abeja infatigable
Susurrando entre las flores
Toda mi atención distraen.

Lecho me ofrecen las yerbas,
Mas gratos que los nupciales,
Conversacion los arroyos,
Dulce música los aires.

Los pintados pajarillos
Recitan canciones suaves,
Mas puras que los poetas
Que á sus Mecenas complacen.

Los pajarillos que cantan
No por lisonjear los grandes,
Ni mendigar los favores
Con entusiasmos venales;

Sino porque de sus pechos
El sencillo canto nace,
Al mirar que el sol se enluta,
Al ver que la aurora sale.

Este es todo mi recreo,
Y pudiera ponderarle,
Por darme gusto á mí mismo
No por complacer á nadie.

SONETOS

LOS PESARES DE LA AUSENCIA

De dos tiernas amantes tortolillas,
Cautivé con mis lazos una de ellas,
Y la otra repitiendo sus querellas,
Batió en mi seguimiento sus alillas;
Cansada se volvió á las florecillas
Donde ántes disfrutaron horas bellas,
Y acusando en su canto á las estrellas,
No picaba la flor, ni las semillas.
Apiedad de verla en tal tristura
Llevando su dolor de rama en rama,
Con que si de esta suerte, Nise, exclama
La tortolilla á quien ausencia apura,
¿Qué hará sin verte el triste que te ama?

LA ILUSION

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del mas brillante trono, me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente;
Soñé que hasta el ocaso, desde oriente,

Mi formidable nombre discurría,
Y que del septentrion al mediodía,
Mi poder se adoraba humildemente;
De triunfantes despojos revestido,
Soñé que de mi carro rubicundo,
Tiraba César con Pompeyo uncido:
Despertóme el estruendo furibundo;
Solté la risa y dije á mi sentido:
Así pasan las glorias de este mundo.

CONTRA EL AMOR

Huye, Climene, deja los encantos
Del amor, que no son sino dolores;
Es una oculta sierpe entre las flores
Cuyos silbos parecen dulces cantos:
Es un néctar que quema y dá quebrantos,
Es Vesubio que esconde sus ardores,
Es delicia mezclada con rigores,
Es jardín que se riega con los llantos:
Es del entendimiento laberinto
De entrada fácil y salida estrecha,
Donde el mas racional pierde el instinto.